

dinarse al capital internacional. Eugenio Gastiazoro, cuya *Crítica al desarrollismo* traza la anterior caracterización, concluye afirmando:

El desarrollismo, en nuestro país, aparece como expresión de una burguesía que ha abandonado la perspectiva nacionalista del peronismo para integrarse al imperialismo y confiar al desarrollo impulsado por el mismo la solución de sus problemas internos. El intento de construir una nación burguesa autónoma había sido abandonado, aunque se siguieran empleando sus símbolos (12).

La decepción que produjo tan brusco cambio entre aquellos que habían confiado, desde la izquierda, en la solución frondicista, fue muy grande. Vino a sumarse a otros desengaños, y así lo confiesa Ismael Viñas en *Orden y progreso. La era del frondicismo*:

Nuestra repugnancia ética a tratar con el peronismo, nuestra creencia a creerlo absorbible por nuestras respectivas organizaciones, nuestros brotes de gorilismo, enmascaran muy a menudo el conflicto clasista que aún no hemos resuelto (...). La tarea más difícil nos toca a nosotros, a los que hemos elegido voluntariamente desgarrarnos de nuestra clase, desgarrarnos de ese mundo viejo. Somos nosotros los que tenemos que superar más prejuicios y más limitaciones. Mucho nos hemos equivocado, pero la historia ha sido con nosotros muy generosa: se ha ocupado de desnudar delante de nuestros ojos el esqueleto del sistema y nos ha regalado una experiencia privilegiada. Si somos capaces de asimilar efectivamente esa experiencia, seremos dignos del privilegio que hemos tenido. Si no... siempre nos queda el camino de refugiarnos, nuevamente, en nuestra clase, en ese mundo viejo que vemos morir despiadadamente y que es capaz de producir actos despiadados (13).

Contrariamente, partidos neoconservadores, como el Socialismo Democrático, el democristianismo de Manuel Ordóñez y el Partido Cívico independiente se fueron acercando a la fuerza gobernante. Incluso el fundador de este último partido, el economista liberal Alvaro Alsogaray, fue ministro de Arturo Frondizi.

La postrera esperanza de que las clases medias llevaran adelante un programa de liberación quedaba así frustrada y sus más sinceros adherentes entregados a una encrucijada política de la que saldrían en varias direcciones: unos hacia el conformismo y la apatía; otros hacia posiciones ultraizquierdistas que, tiempo después, contribuirían a la guerrilla urbana; muchos hacia una revisión de su concepto de

---

(12) Gastiazoro, Eugenio: *Crítica del desarrollismo*, Buenos Aires, Editores Dos, 1970, p. 47.

(13) Viñas, Ismael: *Orden y progreso. La era del frondicismo*, Buenos Aires, Palestra, 1960, pp. 294-295.

nacionalidad, lo que los llevaría a querer informarse mejor acerca de la realidad nacional —el consumo de ensayos políticos aventaja a cualquier otro rubro dentro de las estadísticas editoriales en la década de los sesenta— y a contribuir al rotundo triunfo del FREJULI (Frente Justicialista de Liberación Nacional) en las elecciones generales de marzo de 1973.

Todas estas frecuentes y profundas conmociones soportó, en unos pocos años, la conciencia social —débil, informe— de nuestras clases medias, entre las cuales se reclutan, principalmente, no sólo los escritores sino también los lectores argentinos. Las obras políticas, o de política cultural, les ayudaron a independizarse de los mitos liberales en que habían sido educados, acercándolos más a otros grupos sociales con los que compartían penurias y frustraciones, a gustar de los productos nacionales de que antes renegaban, a cuestionar ciertos tabúes sexuales o corporales con los que habían crecido. Dentro de ese proceso de concientización nacional se ubica el fulminante descubrimiento de la literatura argentina. Quizás el suceso internacional de *Rayuela* (1964), de Julio Cortázar, haya sido el detonante, pero lo cierto fue que a la sombra de su éxito, *Bestiario* (1951), del mismo autor, que sólo había vendido tres mil ejemplares a lo largo de diez años, es reeditado y se agota en pocos meses. Algo semejante ocurre con *Adán Buenosayres* (1948), de Leopoldo Marechal, cuya edición original seguía cubierta por el polvo en los estantes de las librerías; en 1966, reeditada dentro de la colección popular Piragua de la editorial Sudamericana, atrae sobremanera al público lector.

Lo anterior explica la profusión de revistas culturales o literarias aparecidas hacia esa época (*Contorno*, 1953-1959; *Ficción*, 1956-1967; *El escarabajo de oro*, 1960-1974; *Entrega*, 1960-1963; *Hoy en la cultura*, 1961-1966, etc.), así como la vasta bibliografía que se ocupa del peronismo, su naturaleza, orígenes, causas, consecuencias... Las interpretaciones provienen de pensadores socialistas (*Las ideas políticas en la Argentina*, 1958, segunda edición, de José Luis Romero; *Doce años de oprobio*, 1958, de Juan A. Solari); marxistas (*El proletario en la revolución nacional*, 1958, de Rodolfo Puigrós; los números 7-8 de *Contorno*, julio de 1956, con opiniones de los hermanos Viñas, Rozitchner, Troiani, Sebrelli, etc.); conservadores (el número 237 de *Sur*, noviembre-diciembre de 1955, con colaboraciones de Victoria Ocampo, Jorge L. Borges, González Lanuza, Guillermo de Torre, etc.); nacionalistas (*Ayer, hoy, mañana*, 1956, de Mario Amadeo; *Perón y la crisis argentina*, 1956, de Julio Irazusta); trotsquistas (*Peronismo y frondicismo*, 1958, de Enrique Rivera), e incluso de un hombre del Departamento de Estado: *1955, junio a diciembre. La Argentina, un ca-*

*lidoscopio*, de Arthur P. Whitaker. Los dos ensayos más leídos por entonces desentrañan, sea la configuración, funcionamiento y niveles de la clase dirigente argentina (*Los que mandan*, 1964, de José Luis de Imaz), sea la estratificación y los contactos interclasistas (*Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*, 1964, de Juan José Sobrelli).

Es notorio el auge de la narrativa (cuentos y novelas) como género más apto para reelaborar aspectos del contorno socio-político. Precisamente con un conjunto de narradores voy a conformar el *corpus* dentro del cual ubicar *Sobre héroes y tumbas* (1961). Algunos de ellos, respecto al peronismo, siguen los lineamientos de *Sur*, que son los de la oligarquía liberal argentina: Héctor Álvarez Murena, verdadero *del-fin* de ese equipo, y Beatriz Guido. Bastante distinta es la trayectoria de Julio Cortázar. Admirador de aquella revista, en la cual colaboró con varias reseñas bibliográficas, durante los años cincuenta, cuando reside ya en Francia, vira hacia la izquierda y se convierte paulatinamente en simpatizante de la revolución cubana, primero, y de los movimientos terroristas latinoamericanos y argentinos, después. Al reformismo universitario y a la FUBA (Federación Universitaria de Buenos Aires) estuvo ligado David Viñas, radical por tradición familiar, que apoyó con entusiasmo la candidatura de Frondizi para deslizarse luego hacia la izquierda marxista: el MLN (Movimiento de Liberación Nacional), orientado por su hermano Ismael, y otros grupúsculos semejantes. Codirigió además la revista *Contorno*, muy influyente en su momento, que no se privó de admirar al retrógrado y antipopular Martínez Estrada (véase *¿Qué es esto?*, de 1956). También integró el Comité Nacional de la UCRI (Unión Cívica Radical Intransigente) Martha Lynch, junto a Noé Jitrik, Félix Luna y los hermanos Viñas, que apoyaba la candidatura de Frondizi. Su decepción posterior queda consignada, como veremos, en *La alfombra roja* (1962).

En cuanto a Ernesto Sábato (1911), anarquista y comunista en su juventud, colaboró desde 1941 en *Sur*, donde estuvo a cargo de una sección, publicó notas y un capítulo de la que iba a ser su segunda novela, *La fuente muda* (la primera, *El túnel*, había aparecido en 1948). Y ocupó un tiempo el cargo de jefe de redacción. Separado de sus cátedras por antiperonista, celebró el advenimiento de la llamada Revolución libertadora de 1955, que le confió la dirección de *Mundo argentino*, revista intervenida. Varias veces debieron llamarle la atención en ella por denunciar arbitrariedades y torturas, lo cual desencadenó al fin su cesantía. Eso y la *Carta abierta* que dirigió al general Aramburu dieron la pauta de su valor para retractarse y disentir con los amigos de ayer. Respondió además, en julio de 1956, al ensayo de Mario Amadeo, *Ayer, hoy, mañana*, con una extensa carta pública ti-

tulada *El otro rostro del peronismo*. Aparte de una transparente radiografía de la engañosa conciencia exhibida por nuestros sectores burgueses que aspiran a independizarse sin eliminar el lastre liberal (en esta encrucijada, Sarmiento, Echeverría y Mitre, son «ilustres ejemplos que hoy debemos invocar»), la explicación del fenómeno peronista queda reducida a rasgos psicológicos (el resentimiento) y su líder al rol de aventurero demagógico. En última instancia, se lo remite a factores irracionales ocultos en la naturaleza humana, es decir, a algo bastante ahistórico e hipotético, equivalente de los que desencadenaron el fascismo (bastaron «cuatro gritos en una cervecería, cuatro *slogans* sobre los conflictos más nerviosos de la conciencia, y, sobre todo, de la subconciencia germánica, para que decenas de millares de alemanes se lanzaran ululantes y rabiosos detrás del cabo que los emitía»). No son esas simplificaciones, que reverencian por momentos a la Argentina oligárquica y recurren en otros al psicologismo junguiano, lo rescatable del folleto. Sí esos otros pasajes en que Sábato ve más allá que sus mentores y no acalla su testimonio:

Aquella noche de septiembre de 1955, mientras los doctores, hacendados y escritores festejábamos ruidosamente en la sala la caída del tirano, en un rincón de la antecocina vi cómo las dos indias que allí trabajaban tenían los ojos empapados de lágrimas. Y aunque en todos aquellos años yo había meditado en la trágica dualidad que escindía al pueblo argentino, en ese momento se me apareció en su forma más conmovedora (14).

## 2. EL CONTEXTO NARRATIVO

### 2.1 *Referentes y características.*

No puedo detenerme aquí, por razones de espacio, a enmarcar el *corpus* elegido dentro de la narrativa argentina, ni a comentar exhaustivamente las obras, pero sí consignaré que entre 1955-1965, aproximadamente, nuestra narrativa tuvo un marcado sesgo sociológico, pues respondía, desde la ficción, al problema de cuáles y cómo eran las clases o grupos sociales argentinos, sus vínculos y formas de interacción, sus posibilidades históricas, etc.

Comienzo entonces por recordar los referentes precisos de las narraciones consideradas. En algunos cuentos de Cortázar hay situaciones referibles al peronismo, pero *Los premios*, en cambio, no pretende dirigirse a hechos reconocibles de la vida nacional, aunque

(14) Sábato, Ernesto: *El otro rostro del peronismo*, Buenos Aires, Imprenta López, 1956, página 40.